

www.elboomeran.com

ROMAN POLANSKI

MEMORIAS

TRADUCCIÓN DE MARÍA ANTONIA MENINI

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

A mis amigos, pasados, presentes y futuros

PRÓLOGO

Quisiera pedir al lector que tenga presente que este libro se escribió hace más de treinta años. Al releerlo hoy, uno podría tener la sensación de que vivimos en un planeta distinto. Se diría que hemos olvidado lo tolerante y libre que era entonces nuestra sociedad.

ROMAN POLANSKI,
otoño de 2015

AGRADECIMIENTOS

Son tantas las personas que han dedicado tiempo y energía en la edición de este libro que más bien parece una empresa colectiva, algo así como la producción de una película. Quiero expresar mi más sincera gratitud a Edward Behr, por su infinita paciencia, por escuchar día tras día numerosas cintas y por su labor de ensamblaje; a Peter Gethers, por sus habilidades editoriales; a John Brownjohn, por ayudarme a pulirlo todo, y a Piotr Kaminski, por darle el toque final.

Desde que recuerdo, la línea entre la fantasía y la realidad ha estado siempre irremediabilmente borrosa.

He tardado casi toda una vida en comprender que esta es la clave de mi existencia. Ello me ha valido considerables angustias, conflictos, desastres y decepciones; pero también me ha abierto algunas puertas que, de otro modo, hubieran permanecido cerradas para siempre.

Cuando era un muchacho, en la Polonia comunista, el arte y la poesía —el reino de la imaginación— siempre me parecieron más reales que los limitados confines de mi ambiente. Desde muy temprana edad me di cuenta de que no era como la gente que me rodeaba: vivía en un mundo de mentirijillas, completamente aparte del verdadero.

No podía ver circular una bicicleta por Cracovia sin imaginarme como un futuro campeón. No podía ver una película sin verme en el papel de principal protagonista o, mejor todavía, en el del director, detrás de la cámara. Siempre que veía un gran teatro, no me cabía la menor duda de que, tarde o temprano, yo ocuparía el centro del escenario en Varsovia, en Moscú o incluso —¿por qué no?— en París, aquella lejana y romántica capital cultural del mundo. Todos los niños se abandonan a semejantes fantasías en determinados momentos; pero, a diferencia de la mayoría de ellos, que muy pronto se resignan a no ver cumplidas sus ambiciones, yo jamás dudé ni por un instante de que mis sueños se iban a convertir en realidad. Tenía la ingenua y candorosa certeza de que ello no solo sería posible, sino también inevitable, tan insoslayable como la anodina existencia que por derecho hubiera debido corresponderme.

Mis amigos y parientes solían burlarse de mis descabelladas aspiraciones y acabaron considerándome un payaso. Pero yo, que siem-

pre estaba dispuesto a divertir y distraer a los demás, asumí el papel de buen grado, sin mayores problemas. Claro que, a veces, los obstáculos en mi camino fueron de tal envergadura que hube de hacer acopio de toda mi fantasía para poder sobrevivir.

Una noche de enero de no hace mucho tiempo, en el teatro Marny de París, pudo cumplirse con creces uno de mis sueños infantiles. Vestido de Mozart, con una levita del siglo XVIII y una peluca empolvada, estaba a punto de hacer mi entrada en escena en el doble papel de director y coprotagonista principal.

El público que asistía al estreno —una mezcla de políticos y astros cinematográficos, personajes famosos y miembros de la alta sociedad— era del tipo que los columnistas de los periódicos suelen calificar de «rutilante». Aunque su interés me complacía y halagaba, yo era mucho más consciente del gran número de amigos que habían acudido a prestarme su apoyo moral, algunos desde medio mundo de distancia. Su presencia me decía que les importaba y que tenía, efectivamente, una familia en el más amplio sentido del término.

La obra era *Amadeus*, de Peter Shaffer. A lo largo de toda la representación, los Venticelli, es decir, los «vientecillos» o murmuradores, prologan y puntúan la acción a modo de coro griego. Mientras aguardaba entre bastidores, oyendo sus maliciosos murmullos, me pareció escuchar un revoltijo de voces de mi pasado. Algunas pertenecían a las personas que me habían reprendido e increpado por soñar despierto; otras, a aquellas que con su estímulo me habían ayudado a convertir mis sueños en realidad.

En aquel momento, la línea entre la realidad y la fantasía me resultaba, no ya borrosa, sino más imperceptible que nunca. Ambas cosas se habían convertido al final en una sola.

Cuando me dieron el pie, salí a escena y representé mi papel con la misma soltura y desinhibición con que solía hacerlo de niño ante mis amigos. Sin embargo, mientras interpretaba la trágica fase final de la vida de Mozart, volvieron a mi mente los ensueños de antaño. Empecé a darme cuenta de que toda mi vida estaba hilvanada con

una especie de hilo teatral que engarzaba triunfos y tragedias, tristezas y alegrías, profundo amor e inimaginable pesar. Simultáneamente, se me antojó difícil establecer una distinción entre los rostros entrevistados más allá de las candilejas y los espectros del pasado. Fue casi como si estuviera actuando para todos mis amigos y mis seres queridos, pasados y presentes, vivos y muertos.

La representación de *Amadeus* estaba tocando a su fin. Se encendieron las luces y el público, puesto en pie, nos tributó una clamorosa ovación. Tuvimos que salir a saludar una y otra vez. Todavía aturdido, recorrí los cien metros que separaban el teatro de una sala nocturna que se había convertido en uno de mis locales preferidos a lo largo de los años. Mareado por el champán, observé que, mientras iban llegando los componentes del grupo del estreno, la distinción entre el pasado y el presente se borraba de nuevo y se confundía en mi mente con otras reuniones parecidas de Londres, Nueva York, Los Ángeles y —más recientemente— Varsovia.

Yo había dirigido e interpretado la versión polaca de *Amadeus* inmediatamente antes de empezar a trabajar en la producción de París. Como después de nuestras representaciones de Varsovia los militares tomaron el poder, pocos de mis amigos polacos pudieron acudir al estreno francés. Ni siquiera mi padre, que siempre asistía a mis estrenos, pudo abandonar Cracovia.

La «guerra», tal como la llamábamos los polacos, arrojó una alar-gada y siniestra sombra sobre lo que hubiera tenido que ser un gozoso hito en mi carrera. En Varsovia, nuestro estreno revistió un carácter muy especial porque asistieron al mismo muchos de los que influyeron en mí y me convirtieron en lo que soy. El hecho de volverles a ver, de hablar del pasado y de visitar lugares en los que mis ojos no se habían posado desde mi infancia, me trajo una avalancha de recuerdos.

La percepción que tiene un niño de las cosas es tan clara e inmediata que no se da en ninguna experiencia posterior.

Mis primeros recuerdos corresponden a la calle Komorowski de Cracovia, en la que vivía a los cuatro años. Sobre cada uno de los

portales había un animal de estilo modernista —un elefante, un bisonte, un puercoespín— grabado en piedra. La mítica bestia del número nueve era un horrendo híbrido mitad dragón y mitad águila. Cuando era niño, la casa había sido construida hacía poco tiempo y olía a pintura reciente.

Había dos apartamentos en el rellano del tercer piso. El nuestro era el de la derecha: una pequeña vivienda ventilada, soleada y moderna, exceptuando la tradicional estufa de azulejos. Las dos habitaciones principales daban a la tranquila calle Komorowski, habitada por gentes de la clase media. La parte de atrás del edificio daba a un bullicioso mercado. Eran los tiempos en que las campesinas aún vendían por las casas huevos y mantequilla y el olor de los corrales se mezclaba con la fragancia de las barras de pan tierno que traían los repartidores de la panadería.

Mi madre era una persona muy ordenada. En nuestro apartamento todo relucía como el oro. El único lugar descuidado era un rincón del balcón donde había un armario lleno de trastos, entre ellos un misterioso artilugio que mi padre aseguraba le servía para saber si decía mentiras. Puesto que apenas dudaba de la existencia de semejante aparato, aquello me preocupaba sobremedida. El detector de mentiras doméstico entraba en acción cada vez que alguien sospechaba que no decía la verdad. Hasta mucho más tarde no logré identificarlo como una vieja e inservible lámpara de mesita de noche de extraño diseño.

Aunque mi padre no era rico, jamás me faltó nada. Y, sin embargo, era en muchos sentidos un niño exigente, difícil e irritable, con tendencia a la murría y a los berrinches —un chiquillo mimado, en suma—. ¿Por qué? Tal vez por culpa del largo cabello rubio que yo aborrecía y que inducía a los mayores a tomarme por una niña. Es posible también que esa fuera mi respuesta a las risas y burlas que suscitaba mi francesa manera de pronunciar la erre; nací en París el año en que Hitler accedió al poder y pasé en dicha ciudad los tres primeros y olvidados años de mi vida, adquiriendo un acento francés que conservé hasta los cinco o seis años. Y finalmente —aunque no en

orden de importancia— estaba la cuestión de mi nombre. En un afán de imprimir a su hijo un sello francés, mis padres me inscribieron en el registro con el nombre de «Raymond», en la errónea creencia de que era el equivalente francés de Roman, nombre muy corriente en Polonia. Por desgracia, al polaco medio el nombre de Raymond le resultaba impronunciable como no fuera bajo la forma de «Rimo», y a mí me enfurecía y me avergonzaba tanto este ridículo apelativo que me libré de él en cuanto pude. A partir de entonces, excepto para mis cariñosos parientes o mis sarcásticos compañeros de escuela, yo fui sencillamente Roman o bien Romek, su diminutivo polaco.

Siempre hacía las cosas a mi manera. Tal como mi padre me contó repetidamente en años sucesivos, me ponía hecho un basilisco si él me tomaba de la mano cuando subíamos en la escalera mecánica del metro, pataleando como un loco y poniéndome colorado de rabia como un tomate. Lo mismo ocurría cuando trataba de quitarme su preciosa cámara fotográfica que llevaba arrastrando de un cordel como si fuera un cochecito de juguete.

Era un chiquillo extremadamente susceptible. El 18 de agosto, día de mi quinto cumpleaños, tía Teófila me regaló un espléndido camión de bomberos color carmesí con neumáticos de goma, escaleras de mano telescópicas y una colección de bomberos movibles. Mi familia y sus amigos estaban distraídos conversando —la fiesta era más para ellos que para mí— y yo, abandonado a mis propios recursos, decidí examinar el juguete con más detenimiento. Tras haber retirado el resto de las figuritas, traté de levantar al conductor de su asiento. La diminuta figura se me rompió en la mano porque estaba pegada. Lleno de horror, la oculté en la estufa más próxima. Cuando, al final, los mayores decidieron prestarme un poco de atención, alguien observó que el camión de bomberos no tenía conductor. Yo simulé ignorancia, pero mi madre encontró infaliblemente la figura que faltaba. El coro de indulgentes risas que acogió mi pequeña fechoría me dolió mucho más que si me hubieran regañado.

Todas estas escenas las recuerdo un poco al azar, pero con increíble fuerza y claridad. Sin ninguna idea preconcebida con la que poder compararlas, una mente joven, fresca y desinhibida asimila las impresiones en forma ecléctica y casual.

Recuerdo también el día en que trajeron a casa un pedido de galalita: una sencilla caja de otro color para el pequeño negocio de plásticos de mi padre, propietario de un taller en el que se fabricaban ceniceros y toda clase de chucherías ornamentales con esta materia.

Mi padre se dispuso a abrir la caja en mi presencia. Al cabo de un rato, tomé un martillo de orejas y empecé a quitar los clavos.

—Gracias — me dijo él bruscamente —, no hace falta que me ayudes.

Me hirió en lo más vivo de mi sensibilidad. Entonces sacó un trozo de reluciente galalita roja de su lecho de virutas de madera y me lo ofreció a modo de propuesta de paz. Estuve tentado de aceptarlo —su perfume y su aspecto me atraían en grado sumo—, pero saqué la cabeza y me fui.

Mi padre solía herir mis sentimientos en las pequeñas cosas. Sin embargo, jamás me causó ningún daño físico, ni siquiera cuando quebranté el único tabú de mi casa: me tenían estrictamente prohibido tocar el mayor orgullo y deleite de mi padre, la enorme máquina de escribir Underwood que utilizaba para despachar su correspondencia comercial, tecleando a impresionante velocidad. No obstante, me estaba permitido permanecer de pie a su lado, mirando, y él acostumbraba invitarme a identificar las letras del teclado. Así fue cómo aprendí el alfabeto.

Fue una suerte, porque me expulsaron del jardín de infancia al primer día por haberle dicho «*Pocaluj mnie w dupe*» a una niña de mi clase... ¿O tal vez se lo dije a la maestra? Le debí de oír la frase a uno de mis tíos. Significa «bésame el trasero».

Mi desgracia me obligó a permanecer mucho tiempo en casa, con la sola compañía de Annette y de nuestra criada. Annette era mi hermanastra adolescente, fruto del primer matrimonio de mi madre.

Era muy aficionada al cine, y ambos pasábamos muchas tardes juntos en las salas medio vacías de Cracovia, viendo películas que yo no entendía en absoluto. Mis primeros recuerdos cinematográficos corresponden a un filme musical en el que Jeanette MacDonald, luciendo un vaporoso traje blanco, descendía por una escalinata a los acordes de *Sweethearts*. Lo recuerdo muy bien porque me moría de ganas de orinar. Annette, que no quería perderse ni un minuto de la película, me dijo que lo hiciera debajo del asiento.

Jamás me aburría. Siempre había algo interesante que observar desde las ventanas de cualquiera de los lados de la casa. De todos modos, era muy difícil aburrirse en una ciudad como Cracovia, con el trompetero de la torre de Santa María dando la hora con su charanga ritual, el castillo de Wawel, el río Vístula y la celebración más destacada del año, el gran festival de verano llamado Wianki.

Este último acontecimiento me atraía hasta tal punto que me pasaba varios días recorriendo con Annette la orilla del río en busca del lugar más adecuado para contemplar los fuegos artificiales, las carrozas y los desfiles de barcazas adornadas. El Wianki, cuyos orígenes se remontaban a la era precristiana, evocaba la leyenda de la princesa Wanda, que había elegido la muerte arrojándose al río desde el castillo de Cracovia antes que casarse con un rey alemán. Al anochecer, por las aguas del río, tan cercano a nuestra casa, empezaban a bajar cientos de coronas de flores adornadas con velas encendidas; la muerte de la princesa era rememorada por una muchacha vestida de blanco que se arrojaba al Vístula desde un castillo de mentirijillas instalado sobre una barcaza. Era un espectáculo de cuento de hadas, rematado por una impresionante exhibición de fuegos artificiales que me dejaban boquiabierto de asombro. Los fuegos artificiales poseían para mí una magia especial. Ardía en deseos de que empezaran y no podía soportar que terminaran.

El invierno tenía también sus ribetes mágicos. Las bengalas que chisporroteaban en nuestro árbol de Navidad me dejaban hipnotizado con sus cascadas de fuego plateado... ¡fuegos artificiales en miniatura en nuestra propia casa! Eso y el sabor de las uvas pasas,

los higos y las nueces constituyen mi primer recuerdo de la Navidad polaca en el número nueve de la calle Komorowski. La nieve empezó también muy pronto a formar parte de aquella Navidad cuando mi tío Stefan me compró unos esquís y yo los probé por primera vez, con mucho ánimo pero escaso éxito, en las blancas riberas del Vístula.

Los recuerdos que guardo de mi madre son vivos y confusos a un tiempo. Me acuerdo del sonido de su voz, de su elegancia, de la precisión con que trazaba unas delgadas líneas sobre sus cejas depiladas, del cuidado que ponía en pintarse para modificar la forma del labio superior según la moda del momento, y de la carita de su piel de zorro que se mordía vorazmente su propia cola. Recuerdo su naturalidad la vez que entré en su dormitorio y la vi desnuda. Muchas personas me dijeron más tarde que era asombrosamente guapa. Era también, tal como la guerra iba a demostrar, una mujer altiva e ingeniosa. Me agrada pensar que mi testarudez y resiliencia las he heredado de ella.

Recuerdo un verano en que mis padres alquilaron una casita en un pueblo de montaña con el imposible nombre de Szczyrk. Fue, ahora que lo evoco, el último período despreocupado y feliz que pasamos juntos. Y fue también mi primer contacto real con la naturaleza. Era una campiña preciosa, llena de bosques y colinas. Me pasé mucho tiempo pensando que todos los bosques crecían en las laderas de las montañas.

Mis padres estaban jugando a las cartas en el jardín con unos amigos. Yo les observaba desde lejos, montado a caballo en una silla de tijera que terminó volcándose y pillándome los dedos en su armazón de madera. Mi apurada situación me dejó lleno de turbación y culpabilidad. Me habían ordenado que no jugara con la silla y no quería que se dieran cuenta, pero el dolor era espantoso y acabé desmayándome. Cuando recobré el conocimiento, un médico estaba inclinado sobre mí.

—Te estabas quedando azul —me dijo mi madre.

Mi sexto cumpleaños coincidió con nuestras vacaciones en Szczyrk. Mi madre invitó a unos niños a merendar. Llegaron temprano, cuando yo estaba todavía en el orinal, y oí que mi madre les decía con la mayor soltura:

—Romek está en el trono.

Hubiera querido que me tragara la tierra con orinal y todo —¿cómo era posible que mi madre me hubiera traicionado de aquella manera?—, y me negué a salir. Ella trató entonces de arreglarlo, diciendo que lo de «estar en el trono» significaba algo muy distinto: que yo era el rey del día porque festejaba mi cumpleaños. Se inventó todo un juego basado en mi nuevo título, pero no pudo convencerme de que me reuniera con los demás.

Cracovia está rodeada por el Planty, un parque circular que se extiende por el trazado de las antiguas murallas de la ciudad. Una vez, paseando con mi padre por allí, nos tropezamos con un mercachifle que vendía unos grabados que, doblados de una determinada manera, transformaban los rostros de cuatro hombres en el semblante de un cerdo. A juzgar por el grupo de personas que se habían congregado a su alrededor, el mercachifle estaba haciendo muy buen negocio. Mi padre me dijo que las caricaturas representaban a Hitler, Himmler, Goebbels y Göring. Me explicó quiénes eran y por qué los nazis representaban una amenaza para nuestro país.

Aquellos nombres se oían cada vez con más frecuencia. Era un síntoma de la nueva atmósfera de tensión que se respiraba, del temor a una guerra inminente. Se observaban en toda la ciudad nuevas formas de actividad: se cavaban trincheras en el parque Planty y las ventanas y escaparates aparecían cruzados en todas las direcciones con papel adhesivo antiexplosión. Mi familia no paraba de celebrar reuniones —horas y horas de serias discusiones de las que estaba excluido—. Como resultado de todo ello, mi padre decidió dejar el apartamento de la calle Komorowski y alquilar un escondrijo en Varsovia, mucho más lejos de la frontera germano-polaca. Mientras tanto, en espera del desarrollo de los acontecimientos, íbamos a

vivir en casa de mi abuela y mis dos tíos solteros, Stefan y Bernard. Al parecer, la situación era tan grave que se consideraba más seguro concentrar a toda la familia bajo un mismo techo.

El apartamento de mi abuela en Kazimierz, la única aproximación a un barrio judío que había en Cracovia, era todo lo contrario de nuestra antigua casa: un oscuro y enorme lugar al que se accedía a través de un polvoriento patio. Las estufas de azulejos no eran blancas como las de nuestro apartamento, sino unas voluminosas construcciones barrocas con complejos adornos.

Cada estancia tenía su olor particular. El penetrante aroma de la pomada de mi abuela impregnaba toda la habitación que ella nos había asignado y en la que había una adornada cama de latón y un tocador con un espejo tríptico. El cuarto de baño olía a desagüe y a cañerías viejas. Tenía una bañera antigua con un reluciente calentador de cobre. Mis dos tíos guardaban allí sus esquís. El dormitorio que ambos compartían me estaba absolutamente vedado. El salón que les servía de taller olía a las bolas de naftalina de las pieles que ellos preparaban para el peletero que les daba trabajo.

Mi abuela se llamaba María. Mis padres y mis tíos la llamaban «madre», pero, para mí, era la abuelita. Yo la adoraba. Era menuda, llevaba el cabello gris recogido en un moño y vestía generalmente de negro. Había insistido en ofrecernos su alcoba y dormía en la cocina. Hasta que empecé a ir a una escuela como Dios manda, la cocina era el lugar en el que solía pasarme las horas muertas. Constituía para mí una fuente inagotable de diversión y hechizo, y no ya solo por la inagotable paciencia de mi abuela y su buena disposición a jugar conmigo y a responder a mis incesantes preguntas. La cocina contenía un enorme aparador labrado, una balanza que se prestaba a infinidad de juegos y muchos tarros repletos de misteriosos jarabes y mermeladas caseras. En el antepecho de la ventana había un tarro más pequeño lleno de agua y cubierto con una gasa, sobre la cual descansaba una alubia. De la alubia surgían unas espigadas raíces blancas que iban creciendo poco a poco cada día y que parecían tener vida propia, algo así como si fuera una exótica criatura

marina provista de tentáculos. Mi abuela pretendía con ello enseñarme cómo crecían las plantas, pero a mí aquella visión me resultaba más horrorosa que educativa.

Un domingo mi madre me llevó como de costumbre a jugar a la orilla del Vístula. Aquel verano de 1939 fue excepcionalmente caluroso, pero junto al río siempre soplabla una agradable brisa y las mariposas danzaban por allí bajo la trémula luz del sol. Una de ellas me pareció distinta de las demás: grande y de color pardo con manchas azules. Realicé la increíble hazaña de cazarla con mi gorra de marinerito infantil. Tío Bernard la durmió con éter y la fijó a un trozo de corcho. Dijo que era un Paje de la Reina, una auténtica pieza de coleccionista.

Al día siguiente de mi memorable captura, el pánico se apoderó de mi círculo familiar. Pusimos en práctica nuestro plan de emergencia. Mi padre hizo apresuradamente las maletas y anunció que me iba a llevar a Varsovia con Annette. Puesto que todos los enseres de nuestra casa los teníamos almacenados en Cracovia, mi padre decidió quedarse allí con sus hermanos, por lo menos de momento, para ver qué curso seguía la situación. Mi fatalista abuela no quiso marcharse, pasara lo que pasase.

Había estallado la guerra, pero nada me iba a arrebatar mi más preciado tesoro. Mi madre no quería que me llevara la mariposa. Armé tal escándalo que acabó dándose por vencida y accedió a meterla en una maleta, pero no quise que lo hiciera. Por fin, emprendimos la marcha hacia la estación cargados con nuestro equipaje: yo llevaba la sombrerera de mi madre, mi cesto de la merienda de la escuela, mi oso de felpa... y mi Paje de la Reina prendido con un alfiler a su soporte de corcho.

Era la primera vez que me separaba de mi padre y que viajaba en tren de noche. Algunos borrachos de nuestro vagón de tercera empezaron a molestar a mi pálida y angustiada madre; entonces ella pagó el suplemento de segunda clase y nos fuimos a otro compartimento.

Mi padre creía que íbamos a estar más seguros en Varsovia, donde nuestra nueva vivienda se encontraba en una casa no terminada de una zona suburbial. Era una morada tan impecable como nuestro apartamento de la calle Komorowski, pero con una considerable diferencia: exceptuando una cama plegable y un colchón, no había ningún mueble. El hecho apenas tuvo importancia, porque empezamos a pasar todas las noches y algunos días en el sótano.

El constante silbido de las sirenas de alarma antiaérea inducía a nuestros convecinos — todos ellos unos perfectos desconocidos para nosotros — a bajar a toda prisa a sentar sus reales en el sótano. Se organizaba un barullo tremendo con niños que lloraban, ancianos que refunfuñaban y mujeres que se entregaban a ataques de histerismo. Nuestro refugio carecía de ventilación. Era sofocante y húmedo, y circulaban espantosos rumores de que los alemanes estaban a punto de utilizar gas letal. Los habitantes de Varsovia disponían de auténticas máscaras antigás; los rezagados como nosotros solo teníamos unas almohadillas de gasa humedecidas con una sustancia química que olía a demonios.

Aquellas noches pasadas en el sótano viví una verdadera tortura: no podía quitarme los zapatos porque mi madre temía que tuviéramos que salir a escape. Hipnotizado por el parpadeo de la luz de las velas, me dormía en el regazo de mi madre abrazado a mi osito de felpa, despertándome de vez en cuando y volviendo a dormirme hasta que pasaba la alarma. Entonces las familias recogían sus máscaras antigás y subían de nuevo a sus apartamentos; volvían a bajar al cabo de una o dos horas, cuando empezaban a sonar de nuevo las sirenas.

Con la intensificación de los ataques aéreos empezó a faltarnos comida. Y se nos acabó también el dinero. No teníamos noticias de mi padre. Mi madre, que pertenecía a una acomodada familia rusa y que, según todas las opiniones, se había casado con un hombre de clase inferior, siempre había tenido criada en Cracovia. Pese a lo cual, reveló en aquellos momentos una asombrosa habilidad, rebuscando comida entre la basura como todo el mundo.

Una vez regresó de una de sus cotidianas expediciones con un saco de azúcar mezclada con arena porque la había recogido del suelo de la calle. Tras diluir el azúcar en un lata de galletas, sacó toda la arena que pudo y elaboró después unos deliciosos pastelillos que vendimos a cambio de dinero contante y sonante.

Otra vez regresó con una enorme lata de pepinillos encurtidos y nos pasamos varios días sin comer otra cosa. Al principio nos gustaron y el agua salada nos supo bien. Pero, poco a poco, advertimos que aquella dieta nos daba mucha sed en unos momentos en que el agua potable era muy escasa. Nos habían aconsejado que llenáramos la bañera y todos los recipientes que tuviéramos a mano. Cuando cortaron el agua corriente, a Annette y a mí nos encomendaron la tarea de hacer cola durante horas con toda clase de cacharros y envases junto a los puestos de distribución.

Algunas veces, cuando mi madre no estaba, Annette y yo nos asustábamos, temiendo lo peor.

—Vámonos a dormir —decía Annette—. El tiempo pasa más deprisa de esta manera.

Y era cierto.

Siempre aguardaba el regreso de mi madre con trémula y emocionada anticipación. Una noche, al oír unas pisadas, corrí a abrir la puerta... y entraron cuatro personas a las que jamás había visto: un matrimonio con dos hijos cuya casa había quedado destruida por un bombardeo. Sin una palabra, se acostaron en nuestro diminuto recibidor. Cuando regresó mi madre, encontró el apartamento lleno de desconocidos, pero no pudo hacer nada.

El hecho de que, por primera vez en mi vida, nadie me controlara, tuvo para mí sus ventajas. Empecé a jugar con otros chicos alrededor de los cráteres abiertos por las bombas. Encontré la aleta caudal de una bomba alemana y me la llevé a casa, convirtiéndola en otro de mis trofeos. En una calle cercana hice un horrible descubrimiento: un caballo de tiro muerto. Examinándolo más de cerca al día siguiente, vi que habían rebanado un trozo de carne de sus cuartos traseros. Al otro día, aparecieron nuevas escisiones en la carroña del animal. Los tres lo

comentamos y llegamos a la conclusión de que, por mucha hambre que pasáramos, jamás recurriríamos a la carne de caballo podrida.

Un día en que me alejé un poco, vi algo mucho más doloroso: abandonado en el cuarto piso de un edificio bombardeado, un solitario perro aullaba lastimeramente. Nadie le hacía el menor caso. El espectáculo me conmovió tanto que supliqué a varios transeúntes desconocidos que acudieran a rescatar al animal. Todos me apartaron a un lado y siguieron su camino.

Varios días más tarde, estaba jugando en nuestro solar cuando vi que alguien se agachaba y me observaba con atención. Tardé un rato en reconocer a mi padre porque estaba muy demacrado e iba sin afeitarse. Extendió los brazos y corrí a su encuentro. Su barba pinchaba. Inmediatamente me puse a gemir, para demostrarle lo bien que sabía imitar una sirena de alarma.

Fue muy agradable tener de nuevo a nuestro padre en casa, sobre todo porque nos libró de nuestros huéspedes no deseados. Mientras los cuatro nos acurrucábamos muy juntos en el suelo, él nos habló de sus viajes.

Para huir de los alemanes, él y sus dos hermanos solteros se habían incorporado al éxodo masivo tomando a pie el camino del este, en dirección a Lublín. Mi tercer tío, David, casado con Teófila, hija de un panadero, había emprendido el viaje hasta allí en el carro de reparto de sus suegros. Los alemanes ya estaban en Lublín cuando llegaron los hermanos y estos tuvieron que ocultarse. Al final, se separaron y mis tíos regresaron a la ocupada Cracovia mientras mi padre se reunía con nosotros en Varsovia. Nuestro plan de emergencia había fracasado debido a un error de cálculo. En lugar de quedarnos en Cracovia, donde no hubo ningún combate, nos fuimos directamente al epicentro de la guerra.

No perdía de vista a mi padre en ningún momento. Le llevé a ver al perro, cuyos ladridos eran cada vez más apagados.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —dijo él, encogiéndose de hombros.

Pero no podía quitármelo de la cabeza. Cuando volví a pasar por allí, el perro ya no estaba.

Poco después vi un solitario carro blindado polaco bajando por una calle en ruinas con los hombres macilentos y agotados. Aquella misma tarde, cogido de la mano de mi padre, contemplé las cerradas filas de los soldados de infantería de la Wehrmacht marchando hombro con hombro por Varsovia, gallardos y pulcros como si fueran de juguete con sus uniformes verde gris. A mí me fascinaban todos los soldados, incluso los alemanes, pero mi padre me apretó la mano con fuerza y murmuró por lo bajo:

—¡Cerdos, más que cerdos!